

Bárbara Vidal

Especialista en Coleccionismo, Tasación y Peritaje de Arte Contemporáneo y responsable de comunicación de la feria de Arte Contemporáneo ArtMadrid.

TOKIOTO, Eduardo Rivas y el enigma japonés.

Resulta muy difícil ser consciente de nuestros propios ojos.

Ruth Benedict

Como la antropóloga Ruth Benedict, autora de 'El crisantemo y la espada. Patrones de la cultura japonesa', Eduardo Rivas se sumerge como observador no participante en la cultura de los súbditos del Mikado, pueblo de origen divino cuyos fundadores - según la leyenda - bajaron del cielo sin conocer el amor y fueron los pájaros quienes, con sus arrullos, les iniciaron en el cariño. Para Rivas, como para Benedict, cada escena de Japón (Dai Nippon) se aparece como una caja Himitsu-Bako, un bello y enigmático rompecabezas cuya resolución sólo es posible gracias a ciertos movimientos maestros, silenciosos, fruto de la atención, la observación y la paciencia.

Eduardo Rivas, bebedor del diseño de la Bauhaus, del cine de Kubrick, de las imágenes de Andreas Gursky, William Eggleston, Brassai y Moholy Nagy, conoce el mundo a través de la cámara y con ella trata de traducir las emociones y sensaciones que él mismo experimenta frente al objeto retratado. Por eso hay en sus fotos una corriente de energía subyacente, un murmullo, quizá ese arrullo amoroso que nos enseña lo que no conocemos, una voz que nos habla del ser humano como magnífica contradicción.

Este carácter dual es especialmente significativo en los japoneses, capaces de ser sumisos e incontrolables, radicales y pragmáticos, delicados y sanguinarios, crisantemo y espada, belleza y guerra. Así aparecen en los retratos de Rivas, con duros gestos que les convierten en máscaras No, inmóviles metáforas de la vergüenza, la negación, el honor y la ira, o como apacibles trabajadores, convencidos del "lugar que les corresponde", confiados en el valor del orden y la jerarquía.

¿Jerarquía y disciplina en la era de la máxima libertad individual? ¿Normas y rituales en la modernidad líquida? "Si en Japón puede encontrarse tanta coexistencia de modernidad y tradición es porque no ha habido una ruptura traumática con el antiguo régimen, del tipo Revolución Francesa, sino una reelaboración de la tradición durante la reforma Meiji", Claude Lévi-Strauss lo explicó así en 'La otra cara de la luna. Escritos sobre Japón' y Eduardo Rivas, paseando por Harajuku o Akihabara, registra esa coexistencia de tiempos que cuelga de neones y farolillos, de las grullas de origami y los cables, que se enreda entre raíces y tubos de fibra de vidrio, que resbala sobre dragones dorados danzantes en un laberinto de aluminio y cristal. En estas calles hay katanas y colegialas, y colegialas con katana, y niños que son guerreros sin saberlo, y mujeres flor que expanden el espíritu de los hombres de negocios.

El espíritu japonés, inquebrantable, viaja al hoy en estas fotos desde aquellos días en que los pilotos dejaban caer sus pequeños aviones sobre los buques de guerra. Eran los Kamikaze, bautizados así por el viento divino que salvó a Japón de la invasión de Gengis Khan en el siglo XIII al hundir los barcos mongoles. El mismo viento que sopla en las infinitas soledades de los 3 millones de viajeros que pasan cada día por la estación de Shinjuku y que, trabajando de sol a sol, buscan la virtud, la maestría, sobre todas las cosas.

Japón, El Imperio de los Sentidos para los cinéfilos, El Imperio de los Signos para Roland Barthes, es un puzzle de signos, códigos y convenciones, un koan en sí mismo, un acertijo que encierra "el dilema de la vida" y ante el que descubrimos, como hace Rivas, nuestra propia sombra y esa fruición sensual que nos inunda ante el extrañamiento y lo diferente.